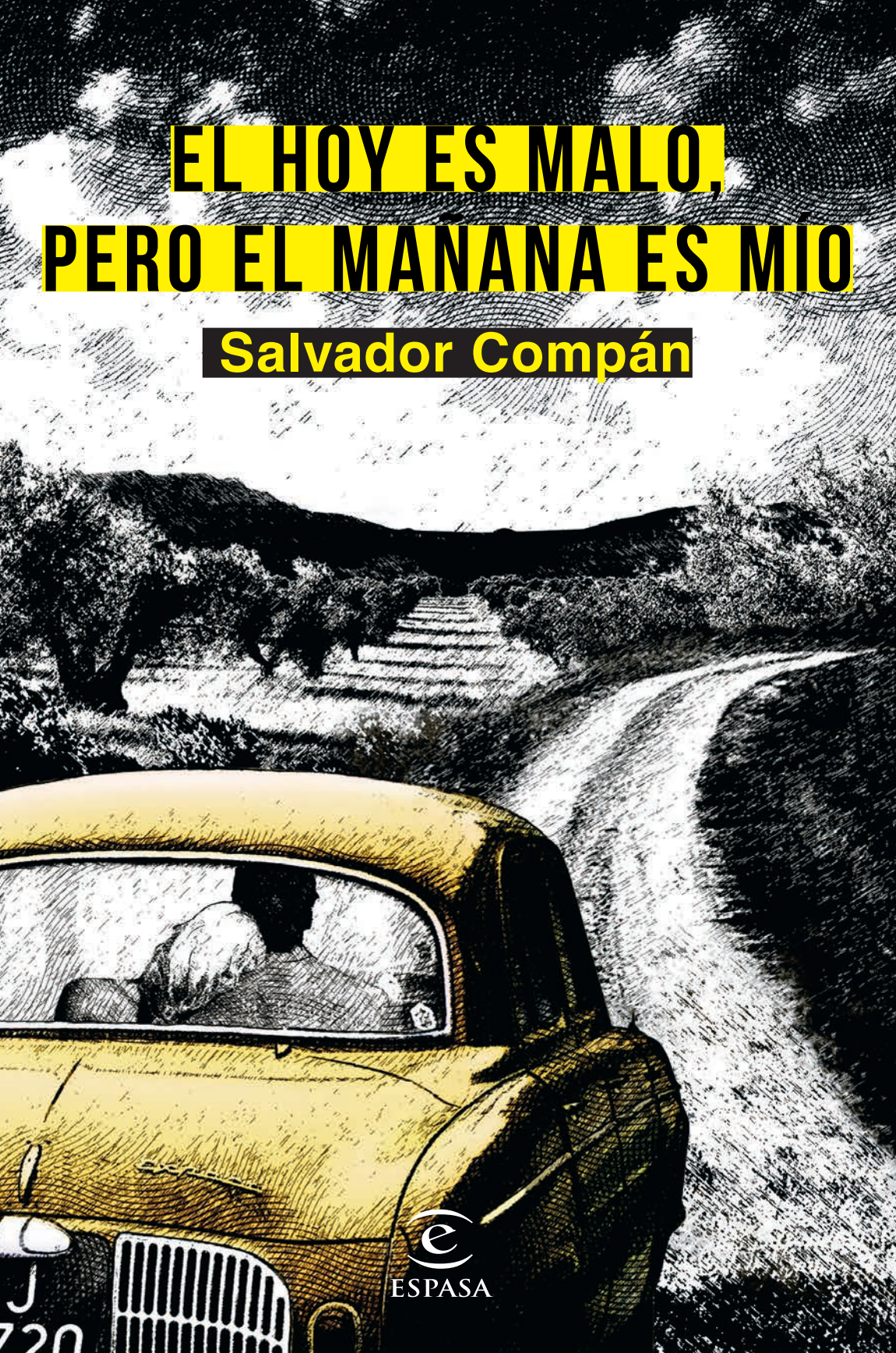
EL HOY ES MALO, PERO EL MAÑANA ES MÍO

Salvador Compán



ESPASA

Salvador Compán

El hoy es malo, pero el mañana es mío

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Salvador Compán Vázquez, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

© Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustraciones de cubierta y de interior: Óscar Giménez
www.oscargimenez.com

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.879-2017
ISBN: 978-84-670-3989-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prólogo 13

I
(1964)

1. Rosa Teba 27
2. Pablo Suances 53
3. Mariano Montalvo 81

II
(1936)

1. Clara Hervás 121

III
(1964)

1. Raúl Colón 163
2. Luci Diosdado 179
3. Bocanegra 193

IV
(1939-1940)

1. Sebastián Lanza 215

V
(1940-1969)

1. Rafael Zabaleta (1940-1960) 267
2. Manoel Mendes (1960-1964) 311
3. Antonio Machado (1966-1969) 351

1

Rosa Teba
(6 de abril del sesenta y cuatro)

Cuando el 6 de abril de 1964 Vidal Lamarca sale del trabajo, ve a Sebastián Lanza y a uno de sus mecánicos volcados sobre el motor del camión soviético que agoniza en un rincón de la explanada delantera de la empresa. Camina hacia donde los dos hombres con caras serias señalan algo bajo el capó en medio de una charla que los hace manotear y que pronto se resuelve en voces y en sonrisas de excitación. Antes de que Vidal llegue al hueco formado por las tapias y las ramas de la acacia donde está varado el camión, Sebastián se yergue orondo, palmea el guardabarros y le grita:

—¡A esta chatarra la vas a ver resucitar!

A las cinco menos diez ordenó Lamarca las últimas facturas, guardó el archivador y, al apagar el flexo, anticipaba ya el alivio por salir del cubo de cristal de la oficina donde se condensaban los olores espesos de las mercancías apiladas abajo, a lo largo de la nave. Cuando, deslumbrado, va abriendo la puerta del edificio, se extrañará del trajín en torno al vehículo, aunque todavía le sería imposible imaginar que esa agitación era la primera señal de que el día iba a tener algo de extraordinario y ese 6 de abril se estaba empezando a diferenciar tanto de los demás días que ya no olvidará ninguna de las nimiedades que se fueron sucediendo hasta la noche.

Respira hondo en la puerta de la nave, adapta los ojos a la luz sintiendo un olor a trigales y a una humedad que se hace visible en las nubes arrastradas por la brisa. Se pone la chaqueta mientras camina al encuentro de Sebastián Lanza para explicarle las últimas incidencias de la oficina, pero, aun antes de que llegue, lo alcanza el grito, ¡A esta chatarra la vas a ver resucitar!, lo saluda Lanza recreciendo el cuerpo, remangado y exultante, junto al mecánico Álvarez, que ha encontrado en Guadalajara un motor casi nuevo para sustituir al del ZIS-5, el despojo soviético que desde el año cuarenta ha ido pudriéndose bajo la acacia como un logo inverso de la prosperidad de la empresa de transportes. Lamarca da cuenta de los últimos pedidos, rechaza el brandy que los dos hombres comienzan a beber en una petaca y, cuando se aleja, todo se reinicia: Lanza y Álvarez se retrepan sobre el guardabarros, hunden las cabezas bajo el capó, manosean el motor y discuten cómo sacar aquel amasijo de hierros y tubos llenos de orín que se asemeja a un enorme cefalópodo fosilizado.

El resto del día debería haber sido para Vidal lo acostumbrado, una suma de repeticiones y las horas deslizándose por una especie de callejón entre tapias, pero pronto la tarde dará un vuelco tal que cuando llegue el amanecer Lamarca se mantendrá aún desvelado, lleno de lucidez y de una euforia que solo puede atribuir a la felicidad.

Sale Vidal de la empresa con una sensación de que el tiempo pasado en el trabajo incrementa el placer de sentir el vigor de sus piernas mientras caminan por la carretera de Sabiote hacia el sur, donde pronto comenzarán a adensarse las calles de la ciudad. A sus cuarenta y dos años, le sigue sorprendiendo que todavía disfrute de ese hecho mínimo de notar la elástica seguridad de sus pasos haciendo un trayecto que no lo ancla a ninguna parte y, por ello, lo hace

provisionalmente transitorio y despreocupado, pendiente solo de la luz penetrando entre las hojas de los tilos o cayendo sobre las fachadas que se parchean de sombras al paso de las nubes. Puede llover de un momento a otro, pero no atravesará la ciudad por el centro para llegar a su piso del Paseo Mercado, sino que alargará el camino haciendo su recorrido habitual por calles tan despobladas que los perros sestean en las aceras y las voces de los vecinos suenan con proximidad de interior. Descenderá por San Nicolás bordeando la plaza del Pópulo y, antes de atravesar la muralla por el barrio de los alfareros, se demorará por plazuelas que le abren la vista al verdor de la Sierra de Segura. La brisa sopla desde allí con suave constancia, cargada de vetas de frío y de tibieza vegetal. La nota rozándole el cabello, los ojos, llenándole la boca de frescura. Hay relámpagos en el horizonte de montañas, el cielo platea con los fogonazos y cambia enseguida a un azul marino removido por jirones cenicientos. Tanto le gusta a Lamarca la viveza del cielo palpitando sobre la sierra que llegará a anotar de madrugada, después de que la tarde girara hacia lo imprevisto, que la belleza de esa tormenta tuvo un valor premonitorio.

Entra Vidal en su piso alegrándose de que hasta las seis y media, hora en la que llegarán sus alumnos para la clase de dibujo, tiene tiempo para prepararse un café, liarse un par de cigarrillos y no hacer nada dejando que el pensamiento flote y elija y vaya donde el pensamiento quiera. Acaba de escuchar en la radio una noticia sobre el asesinato de dos autoestopistas negros a manos del Ku Klux Klan, cuando suena el corte musical de una canción que rehúye, *En el tren que se alejó,* porque algo hay en la letra que tiene que ver con una nostalgia truculenta que no quiere hacer suya, *Señor, estoy a una, a dos, a tres, a cuatro… Señor, estoy a quinientas millas de mi hogar*.

Está pensando en eso, en el modo en que los recuerdos enferman y en lo mucho que tardan en convalecer cuando

suena el timbre y, mientras abre la puerta y ante él va apareciendo Rosa Teba, cree intuir que esa puerta va a dividir algo más que la tarde en dos mitades.

Ya nunca olvidará ni que en la radio sonaba *Quinientas millas,* ni nada de los minutos subsiguientes. Recordará incluso que habrá un momento en el que está viendo muy de cerca la espalda desnuda de Rosa y se extrañará de que sea tan blanca y desprenda un calor tal que pensará en un calor blanco mientras muerde despacio el hombro, el calor, como si esa tarde todo lo aprendido estuviera trastocado y el blanco ya no pudiera asociarlo al frío, sino a esa comezón que se mezcla con su saliva y le arde en la garganta.

Ve la piel, tan blanca, muy cerca de sus ojos y tiene que ayudarse con las palabras para asegurarse de que es él el que acaba de intentar penetrar a Rosa en tanto el cuerpo de ella se convulsionaba respondiendo al simple roce de su pene. Tiene que decirse que está acariciando a Rosa Teba, esa mujer salida justo de todo lo que Vidal no tiene, de aquellos deseos que por imposibles más se parecen al deseo. La mujer que apenas hacía un año había llegado de San Sebastián haciendo notar sus modales sueltos, el lujo de su ropa o el fulgor de su pelo que exhibía sin los acorazamientos de lacas o permanentes. Su belleza tenue y rubia, tan distinta de las formas rotundas o de los gestos amordazados que tanto abundaban en las mujeres de la localidad. Rosa tan lejos del mundo cerrado de Vidal. Rosa llena de prontitud y de ese espontáneo optimismo que como un gen transmiten a su descendencia las familias habituadas a la buena alimentación, al ocio, al sol atemperado y a unos modales a los que da seguridad el largo hábito del dinero.

Cuando sonó el timbre, Vidal vio peligrar el tiempo del que disponía para olvidarse de la rutina de la oficina antes

de entrar en la otra rutina menor de las clases que se armaban con un pequeño grupo de alumnos de los cuales no descollaba ninguno. Cada tarde, de lunes a jueves, sus cinco discípulos se afanaban con el carboncillo para conseguir cinco dibujos tuertos que tras las correcciones de Vidal nunca dejaban de bizquear.

Todo en las clases tenía poco relieve, excepto la inquietud que le producía esa alumna fuera de sitio, Rosa Teba, un trallazo de deseo que él amaestraba con la educada tensión con la que le pedía que rectificara un contorno, curvara más una línea o borrara todo y comenzara el dibujo desde el principio, debía perdonarle que se lo dijera así, pero era mejor que ella no se engañara porque no importaba empezar muchas veces si el inicio es en sí mismo un error que cuanto más se trabaja más crece y más se asemeja no a su modelo, sino a una pesadilla de su modelo, ¿entendía Rosa lo que le quería decir?

Hacía cinco meses que ella había aparecido con su hijo por su casa. Alta y resuelta, con el bolso en bandolera y un pañuelo rojo abriendo sus picos a un lado del cuello, se presentó como la mujer del director de uno de los bancos de la ciudad. Le habló con desenfado mientras apoyaba la mano sobre el hombro de su hijo como si quisiera cobijarlo y al mismo tiempo impulsarlo a intervenir, Es Raúl, mi orgullo, le anticipó antes incluso de saludarlo. Querría empezar las clases en cuanto Vidal los aceptara, mañana mismo, si eso fuera posible; ella vendría también como alumna, en caso de que a él le pareciera bien. Pero mis clases son para niños, objetó Vidal, y quizá no sea conveniente que usted. No, lo atajó Rosa, no se preocupe por mí, me sentiré bien, nada me gusta más que aprender a pesar de mi edad, se rio bajando el pulgar en señal de condena, y, sin esperar que Vidal alabara su evidente juventud, añadió que quizá formaran una pareja de alumnos demasiado dispareja (y atrajo a su hijo hacia su pecho para mostrar la diferencia de estatura), pero

le gustaba que fuera así, siempre le había ayudado a estudiar a Raúl, cómo no hacerlo si en realidad eran dos amigos, dos compinches por decirlo así, aunque ahora se trataba de otra cosa, su hijo iba ya a cumplir quince años y quería seguir desarrollando sus cualidades porque nada se debe dar de antemano por perdido, ¿no le parecía a Vidal?, ya que la vida es una cosecha (sonriente, movió la mano libre como si apretara el aire) y hay que recoger todas las espigas que te quepan en las manos. En cuanto a ella, ya lo vería el propio Vidal, una calamidad para el arte, una torpe de manual, pero con muchas ganas de aprender y llena de admiración por la pintura y por los que con ella abren caminos y nos hacen a todos avanzar.

Levantando el brazo para mirar su reloj, añadió que tenían prisa y, aun así, seguía empeñada en hablar demasiado, que la perdonara Vidal si le estaban quitando más tiempo del necesario. Rechazó otra vez la invitación a pasar al piso y sentarse, y enseguida Raúl pareció comportarse como el padre de su madre, porque fue él quien preguntó por el material que deberían traer al día siguiente y por la posible flexibilidad del horario de las clases.

No era Vidal Lamarca dado a frecuentar el centro de la ciudad, sobre todo, las dos plazas contiguas, la de España y la Vieja, abiertas la una a la otra para formar un gran espacio donde se concentran bancos, comercios y cafeterías al cobijo de unos soportales que recorrían casi todo su perímetro. Sin embargo, fue en ese lugar donde vio por primera vez a Rosa y a su familia meses después de saber que se habían instalado en Daza.

Estaban sentados a una mesa del café Mercantil y en apariencia era un matrimonio joven que tomaba el aperitivo junto a su hijo, un chaval casi adolescente de pelo tupido, negro y rizado, y muy largo para los usos de esos años. El sol de mayo les caía encima recortando su mesa de las otras que quedaban a la sombra de los soportales, y ese he-

cho les daba un realce de primer plano que en el acto llamó la atención de Lamarca. Pero, más que el estar diferenciados por la luz, lo que atraía la atención sobre ellos era una especie de halo de belleza, de lujo o de armonía, tan poco frecuentes en una época en la que la ciudad y casi todo el país tenían aún el color de la pesadumbre, y los modales y los hábitos llevaban dentro una fibra de encono que hacía rudimentarios hasta los actos más solemnes.

Pedro Colón, el marido, y Rosa Teba estaban bebiendo un vermú rojo que fulguraba al sol y parecía encenderles la alegría con la que acuciaban a Raúl para que brindara con ellos. Rosa le había servido al hijo un poco de su bebida y se miraban los tres los unos a los otros, satisfechos, reprimiendo la risa, como si celebraran la simple satisfacción de estar juntos y de sentirse a gusto y llenos de energía. Cuando los tres chocaron sus copas, unieron unos segundos las cabezas entre susurros hasta que, como una mano que se abre, se separaron de golpe entre el sonido de las risotadas.

Se sintió Vidal un poco cohibido por el hecho de haber refrenado el paso y estar observando a la familia con esa especie de atención involuntaria que nos provoca lo excepcional. Se fijaba en la elegante chaqueta del hombre, hecha de un tejido esponjoso que parecía recrecerse bajo la luz, o en los mocasines de Rosa, blancos como sus medias, que acentuaban el aire de desenfado con el que ahora dejaba caer la nuca sobre el respaldo del sillón y exponía la cara al sol de primavera. Sin darse siquiera cuenta de que se había detenido, se sentía atrapado por la viveza de los labios de la mujer mientras imaginaba que cuando ella se levantara y se pusiera a andar lo haría con la sinuosa ligereza con la que caminan ciertas mujeres, con una fragilidad hecha de precisión, como si estuvieran indefensas y al mismo tiempo fueran invulnerables y conocieran todos los caminos.

La impresión de observador de la felicidad ajena se repetiría otras veces y él, tan poco dado a indagaciones, se

encontró un día interesándose por las circunstancias de la mujer hasta el punto de que, cuando se presentó con su hijo para concertar las clases, Vidal ya había sido advertido de que ella vendría, de que había andado preguntando por él y por su competencia como profesor de dibujo.

Rosa Teba tenía algo de aprendiz imposible y, al tiempo, insobornable. Lo que había dibujado con una dedicación ensimismada de pronto lo deshacía para volver a rehacerlo y quizá de nuevo a eliminarlo. Ciclos sin más salida que repetirse. Líneas mal borradas que, igual a recuerdos del error, dejaban sobre el papel formas sobrepuestas, trenzas de rayas, huellas de goma, estelas sin sentido. Y, sin embargo, se la veía con pleno dominio de sus nervios, el carboncillo apresado entre el pulgar y el índice buscando algún lugar donde posarse, cada vez más convencida de que los objetos del bodegón que dibujaba eran seres escurridizos, con vida propia y una enorme capacidad para burlarse de sus esfuerzos por meterlos en un papel.

En las clases, Vidal Lamarca era remiso a acercarse a Rosa. Se sabía desacostumbrado a la normalidad, con una ineptitud para el trato que se redoblaba ante ella y lo hacía primario y desorientado. Junto a ella, procuraba disciplinar la voz, murmurar palabras escasas y precisas, el cuerpo encogido, las manos apenas activas y el brazo trazando un lento arco hacia el dibujo. Pero al alejarse para atender a otro alumno, nunca lograba irse porque seguía atisbando el cuerpo de ella no del todo invisible bajo la bata color tabaco con ribetes naranjas que se ponía para las clases. Apenas importaba lo que cubriera la prenda porque el pecho, el muslo o las caderas podían recuperar su plenitud en ciertas posturas, al levantar un brazo, por ejemplo, o con la simple presión de una mano al apoyarse en la cadera. Sin poder evitarlo, se veía sometido a la tensión de los cazadores, su mirada esperando el momento del asalto para caer al descuido sobre el cuerpo de Rosa y, con el mismo poder

de fijación de las instantáneas, retener el insinuado vértice del pezón, detalles del pelo de la nuca o del modo de acaracolarse los cartílagos en la oreja.

Había llegado Vidal a la cuarentena y, más que el amor, una imagen edénica del amor se le había quedado enquistada en su presente. Un recuerdo unido a la guerra y a la inocencia y al nombre de una adolescente, Clara, que le pareciera tan incompatible con aquella vasta destrucción que llegó a dibujarlo como cinco letras luminosas rodeadas de negrura. Llevaba veinticinco años recreando a Clara sin demasiados sustitutos para olvidarla: vivía su soledad de hombre sin mujeres entre un deseo encabritado que acudía a jubilosas masturbaciones o a noches de burdeles que lo impregnaban de resuellos y carmín, de alcohol y suciedad, y de una gozosa exaltación que se esforzaba en que tardara lo más posible en desaparecer.

Cuando, el 6 de abril de 1964, Rosa Teba llega con una hora de antelación a la clase, Vidal comprende que todo va a ser inestable, nuevo, mucho más intenso. Desde que abre la puerta y encuentra la mirada turbia de la mujer ante sí, intuye a qué ha venido, pero, aunque está acostumbrado a calcular intenciones y riesgos, solo adivina que es inminente el cambio, una especie de corte brutal en su vida, y que su ansiedad le va a impedir cualquier posibilidad de análisis.

—No se sorprenda ni tampoco me vaya a reñir: no me he equivocado de hora —le sonríe Rosa—. Pero, ante todo, buenas tardes —cierra su saludo, que quiere ser espontáneo, con cierto atolondramiento.

Está plantada bajo el dintel, en bandolera la bolsa de cuero que trae para las clases, la mano derecha en la cintura y el torso quebrado descansando sobre un solo pie. Tiene el cabello recogido con un lazo azul, los ojos cargados

de intención y en su mano hay un leve temblor cuando la lleva hasta la sien para quitarle tirantez al pelo y dejar un mechón flotando sobre la oreja.

—Bueno, no me mire así. ¿Me invitaría a un café? ¿De verdad que no soy inoportuna?

Lamarca se siente muy torpe al decir, Ah, ¿es usted?, al tenderle la mano, al apartarse luego para que Rosa pase. Subordinado, alerta a cualquier señal de ella que acabe por confirmarle por qué ha venido a esa hora, se disculpa por el desorden y se apresura a despejar el sofá mientras Rosa camina por la sala, se detiene ante la estantería de los libros, se acerca luego al balcón y mira la plaza que tiene algo de inocencia de cuento: el armonioso anchurón de casas regulares, el quiosco de música, la estatua del general Saro en medio de los jardines, los burros que traen los campesinos a beber en el pilar de la fuente adosada al ábside de San Pablo.

Vidal se da cuenta de que está azorada y necesita hablar de cualquier cosa para sujetar los nervios, Qué bien, la oye decir, parece que va a llover, y enseguida añade una variante de lo que le ha escuchado otras veces.

—Deberían de quitar ese pilar y despejar esa fuente, que es una joya renacentista. ¿Qué pintan esos burros metidos aquí en el centro del pueblo y ese mamarracho de pilar afeando una fuente tan hermosa?

Lamarca apaga la radio y la canción, *Va mi amor que me dejó,* solo continúa en la voz de la mujer que ahora tararea ese verso. Siéntese, por favor, enseguida preparo café, dice señalando el sofá mientras comienza a darse la vuelta en dirección a la cocina.

—No. Espere, quizá más tarde. En realidad, ya he tomado café.

A punto de empezar a creer en lo que sucederá en los minutos siguientes, mira a Rosa acomodarse en el sofá con una soltura de dueña de la situación como si ya hubiera

comprendido que su inseguridad es menor que la de él: sus rodillas se alzan desde la falda y se angulan con lentitud antes de cruzar las piernas con un movimiento que tiene más de explicitud que de protección.

Sacará cigarrillos Rosa de una caja de acero, su rechoncho mechero Ronson, le aceptará Vidal un Camel (aun sabiendo que, acostumbrado al tabaco negro, el rubio le traerá un principio de náusea) y la escuchará quejarse del calor, Ojalá descargue la tormenta para refrescar la atmósfera, y de su penitencia con el tabaco, de cómo procura fumar nada más que en casa para no escandalizar a la gente a quien le gusta escandalizarse, Ya sabe, las mujeres solo fumamos en el cine, pocas veces en este lado de la pantalla y es casi imposible que lo hagamos en este pueblo.

Apenas Rosa ha encendido los cigarrillos, se vuelve para enfrentarlo, sonríe cuando aún está soltando el humo, los labios abocinados que pronto se agitan para soltarle que ya se conocen lo suficiente, se siente incómoda tratándolo de usted y, si él no tiene inconveniente, va a tomar la iniciativa de tutearlo. Después de este primer golpe de decisión, dirigirá Rosa el sentido de la charla con quiebras y retrocesos, tiene prisa por comportarse como ha premeditado, como la mujer sin convencionalismos que siempre quiso ser, y echa las palabras por delante pero no encuentra el rumbo seguro que había supuesto. Todo se dilata, habla de lo que no quiere hablar y se siente obtusa, ineficaz, tan encogida por una inesperada vergüenza que no llega a reconocerse.

No obstante, hay un momento en el que consigue descararse para decirle que se ha adelantado a la hora de clase porque tiene ganas de conocerlo mejor. Él le interesa mucho (le dice con prontitud, los ojos relumbrando, la bocanada de humo rota por las palabras) y no solo como pintor, eso es evidente, sino como persona, pero todo lo que

sabe de él es contradictorio, como si se barajaran cartas de una baraja nueva con las de otra vieja, brillos y manchas, ¿comprendía lo que le estaba diciendo?, un Vidal claro y otro oscuro.

—¿No somos todos así? —se relaja Lamarca.

—Bueno, también hay santos, pero mejor que sean de palo. —Se ríe Rosa mientras resopla y se abanica con la mano con un gesto teatral. Murmura para ser oída—: ¡Qué difícil es esto!

Duda Vidal si hay algún fallo en su percepción, quizá algo se le escapa, quizá todo es un juego de señora rica, y, expectante, educado en la prudencia, deja que el desarrollo de la situación le dicte la conducta.

—¿A qué te refieres?

Mueve Rosa la mano hacia un lado, la palma abierta, como si quisiera quitarse de encima un estorbo o apartar de sí la pregunta.

—¿Qué es lo que es difícil? —tantea todavía Lamarca.

—¿Que qué es difícil? Pues es difícil estar aquí, haber venido. Es difícil exponerme tanto y ser tan imbécil —se deja Rosa llevar por la impaciencia mientras apaga el cigarrillo.

Recostada ahora en el sofá, con las rodillas juntas, mira sus muslos interrumpidos por el color melocotón de la falda que ya tiene el largo escueto de la nueva moda. Piensa en esa minifalda que tanto le gusta, en el error de haberla estrenado hoy, en que no debe seguir equivocándose. Es como si ya hubiera regresado de los minutos siguientes porque, si siguiera sentada en ese sofá, tendría que ser ambigua y llevar la insinuación hasta el límite de su arrojo para que el hombre la interprete y encuentre el camino que ella no se atreve del todo a mostrar. Se levanta con lentitud.

—Debo irme ahora —dice—. Perdona, pero hablaremos otro día. Con la cabeza más clara.

No hacía más de una hora que Rosa Teba se había puesto medias y ropa interior de color blanco y se había sentado ante el espejo del tocador para maquillarse. Rozó apenas sus labios con carmín, pintó varias veces y limpió otras tantas el contorno de sus ojos e hizo y deshizo la capa de polvos que por momentos emborronaron el arco perfecto de sus pómulos. Al final, se decidió solo por un poco de rímel para darle algo de dureza a la claridad de sus ojos y se vistió despacio, tomando de encima de la colcha las prendas ya seleccionadas. Se miró en el espejo satisfecha de su minifalda de estreno, del aire de juventud que le prestaba, lo mismo que la blusa blanca, ceñida al pecho, un poco transparente. Todo este rito de alcoba la ha ido afirmando en su afán de demostrarse que aún podía desatarse de la rutina y ser expeditiva a la hora de conducir su deseo para arrancarle a Lamarca un placer de una intensidad tal que ya la tenía memorizada.

Desde la primera vez que lo vio, había apreciado en Vidal su parquedad de gestos, su solidez de hombre guapo que actúa sin presunción y no se detiene en lo consabido para ir al fondo de las cosas. Creyó conocer que a su carácter lo movía la convicción y le gustaron mucho sus manos, su considerable estatura, el equilibrio duro de su cara o los ojos grandes que reproducían el brillo del cabello muy negro y tirante por la brillantina.

Hubo un día en que la voz de ese hombre, por quien se sentía espiada en las clases, le zumbó en la mente después de que dejara de oírla en su presencia y empezó a temer que todo languideciera fuera del espacio que alcanzaba esa voz. Ese pensamiento fue el origen de una imposición. No era una adolescente y no alimentaría ningún tipo de ensoñaciones ni permitiría que ningún hombre alterara su equilibrio. Se trataba de algo menor y transitorio: Vidal le gustaba mucho, tanto que alguna vez había desviado su coche hacia la carretera de Sabiote con el único fin de pa-

sar ante las naves de Sebastián Lanza donde trabaja Lamarca, y en un par de ocasiones estuvo rondando las inmediaciones de su casa: se había visto sentada sin motivos en un banco del Paseo Mercado o visitando, sin habérselo propuesto, las capillas góticas de la iglesia de San Pablo. Tanto le gustaba Vidal que llegó a soñarlo despreciándola, liberándola con brutalidad de su servidumbre.

Durante una semana dejó de acudir a las clases de dibujo para no ver a quien ya su mente no dejaba de ver. Pensó en obligarse a creer, como quien estudia una disciplina, que Pedro Colón, su marido, podría llegar a ser otro con más determinación, sostenido por ocasionales asperezas y por un brío canalla que lo hiciera imaginativo y a veces rotundo e imprevisible. Quiso convencerse de que no era una ficción lo que inventaba. Intentó avivar a Pedro, sorprenderlo, ser salaz para él e inducirlo a alterar sus educadas maneras y su probada ecuanimidad, hasta que regresó a las clases de Vidal convencida de la vacuidad de sus fabulaciones y de que necesitaba una buena cura de realidad.

Decidió Rosa que su voluntad tendría que volver a ser suya, sin que la perturbara el deseo ni se le enredara en veleidades de niña. En consecuencia actuaría con prontitud, curando el mal con una pizca del mismo mal como si se aplicara una vacuna. Mataría el deseo colmándolo una sola vez, descabezándolo con un solo golpe de guadaña. Se presentaría ante Lamarca y, con pleno dominio del peso de sus palabras, le pediría que la follara. Usaría ese verbo, follar, tan alejado de sus usos lingüísticos, porque el mismo verbo ya contenía el excipiente de la vacuna y porque solo buscaría un acto descarnado y, con premeditación, excesivo. Sería como sumergirse dentro de ese hombre y prolongar el placer hasta el hartazgo, hasta el mismo límite del aborrecimiento.

Ni siquiera consideró ingenuo su propósito, porque enseguida se centró en el reto de llevarlo a cabo y esa idea, la

de sentirse capaz y libre, le pareció muy superior al mero hecho de acostarse con un hombre que, sin que él lo sospechara, le estaba robando la autonomía.

Cuando esa misma noche del 6 de abril escriba en su cuaderno (se trata, más que de un diario, de un compendio de ideas e impresiones de todo tipo) las siete páginas que le dedica a su visita a Vidal, no esquivará su obsesión por el pintor ni por el sexo como puro placer exento. Pero se justificará acudiendo a la pobreza de su vida en Daza, una ciudad que le exige lo más anodino de su persona, actos sociales, representaciones, variantes de la hipocresía. Una ciudad tan bella que parece modelada en arena de playa, pero también tan austera como para coaccionar de muchas maneras su conducta. Reafirmando su recién estrenado adulterio, repite en su cuaderno las frases que ha creado para su particular catecismo: la normalidad es una fiebre crónica; la costumbre, un instrumento que siempre toca la misma música; los hábitos van desangrando a la felicidad.

Salió poco antes de las cinco de su casa de la plaza Vieja, dejó atrás la torre de los Aliatares, que flanquea una de las antiguas puertas de la ciudad, y bajó decidida hacia los barrios del sur donde se amalgama el casco histórico. Se apresuró por la calle Real y Cardenal Benavides y al doblar en la Rúa le pareció que sus pisadas parecían reproducir el golpeteo sin control de su pensamiento. Sin darse cuenta, había llegado hasta allí con un paso que progresivamente se precipitaba y la hacía respirar como si la fuerza de sus sensaciones la estuviera fatigando. Solo al entrar por fin en el Paseo Mercado, sin saber todavía por qué, se llenó de sigilo, refrenó el paso y con creciente expectación se dispuso a cruzar la plaza para llegar bajo la vivienda de Vidal. Hasta entonces no se dio cuenta de que el cielo estaba tapado por nubarrones y el aire se había estancado

y estaba impregnado de humedad. Sentía ahora todo el peso del bochorno que anticipaba a la tormenta como si, a medida que se acercaba a su propósito, entrara en una materia densa que aquietaba los jardines y daba a sus pasos una pesadez de piedra.

Había llegado al extremo de la plaza y, apoyada en el quiosco de la música, estudiaba los balcones del piso de Lamarca cuando un señor se le acercó, le deseó buenas tardes y le pidió que le transmitiera sus respetos, así dijo, a su marido. Era un hombre pequeño, calvo, vestido con una sahariana, a quien creía haber visto otras veces, aunque también tenían un vago aire conocido el ceremonioso matrimonio y el dependiente de un comercio que a su paso por la calle Real le cabecearon sus saludos.

Fue entonces cuando quiso desistir porque el frío la calaba en la tarde calurosa mientras se decía que no caminaba hacia la ficción, sino hacia algo tan real que podía transformar todo lo que ella era desde el mismo segundo en que entrara en el vestíbulo, subiera una escalera y pulsara el timbre de una puerta. De golpe, se adueñó por entero de su mente el presentimiento que la venía molestando las últimas semanas: consumar su propósito no sería gratuito, produciría consecuencias incontrolables y tendría que pagar de un modo que preveía doloroso.

Conjeturó que lo más razonable sería encerrar su deseo en su imaginación y vivirlo como se viven las suplantaciones en los sueños. Pero había comenzado ya a andar para alejarse cuando la lentitud de sus pasos le dictaba que volver a su casa era regresar al recinto de lo impuesto llevando dentro esa miseria de la renuncia que ya iba achicándola con cada paso que la distanciaba del piso de Lamarca. Si ahora claudicaba, volvería a ser dominada por los sucedáneos de la fantasía y, sobre todo, se le quedaría dentro algo turbio, algo parecido a una semilla de conformismo o de impotencia, y se ensañó con su futuro imaginándolo como

un sucesivo retroceso hecho de amables concesiones, de debilidades y de certidumbres. Hecho de pérdidas.

Se dio media vuelta: iba a entrar en el piso de Vidal para conocer hasta dónde llegaban los límites de su atrevimiento, en todo caso, le gustaría comportarse de un modo provocador, y sentirse inconsecuente, un poco más dueña de sí y un poco puta. Sería una sola vez, igual a una purga o a un aletazo de lluvia que te arranca la modorra.

Hace media hora que está en el piso y ya da por perdido su aletazo de lluvia. Se ha levantado del sofá y ha dicho:

—Debo irme ahora. Perdona, pero hablaremos otro día. Con la cabeza más clara.

Vidal Lamarca toma la iniciativa por primera vez en la tarde, no se puede ir así, le dice, la comprende, está dispuesto a escuchar cualquier cosa que quiera decirle o nada, si ella lo prefiere. Tomarán un café sin más, mientras esperan la hora de la clase o podrían pasar al estudio si eso le apetece para enseñarle lo último que ha pintado, pero que no se vaya, por favor, pero que se tranquilice, que se siente ahora, por favor.

Rosa no se resiste cuando Lamarca apoya las dos manos en sus hombros, se ve cediendo a la presión suave de sus dedos hasta que toma asiento con un ademán de coraje, las manos abiertas y la cara revolviéndose en busca de la mirada de Vidal.

Le pide que le preste atención y no la interrumpa. Por congruencia con ella misma no va a andarse con rodeos, porque si se comía ahora las palabras, se le iban a estar pudriendo dentro del cuerpo el resto de su vida. Bueno, es un decir, le había dado por exagerar todo últimamente, aunque sí es verdad que el veneno del silencio deja secuelas, tarda en desaparecer, a eso se refería. Está tan segura de su absoluta discreción que ni siquiera se la va a pedir,

porque conoce de él lo suficiente como para saber que es un hombre sólido; es decir, serio; quiere decir concertado, discreto quiere decir; un hombre de una vez, vamos, que no estaba ante ningún cantamañanas ni ante ningún voceras. Desde el principio lo ha venido observando y lo ha visto mirarla al descuido, así que lo va a expresar con franqueza: sabe que la desea y es halagador, no va a negarlo, pero hay algo de enfermizo en todo eso, ¿no?, en ese rumiar en silencio el deseo como si el deseo fuera un ardor de estómago. No. No es eso exactamente lo que quiere decir, qué imbécil, se está haciendo un lío con las palabras, debe perdonarla porque las palabras se le están yendo por donde a ellas les da la gana, como si estuvieran vivas y no fueran suyas ni quisieran obedecerla. Y es que todo está agitado estos días en su vida, bullendo, en carne viva, por eso, le está costando demasiado hablar y lo que había imaginado como una bocanada de aire puro se le está transformando, ¿se puede ser tan tonta?, en un mal trago, en un malísimo trago. Ya la está viendo Vidal, ¿no se da cuenta?, ella que se creía tan libre convertida de pronto en una mujer sin tino, en una niñita boba que se ha echado a la espalda el estúpido deber de sincerarse.

Con un movimiento lento, Vidal Lamarca le atrapa en el aire la mano y, abarcándola por entero, fricciona con la palma su superficie igual que si acariciara una manzana. Apenas puede pensar en lo que ha dicho Rosa porque se le distorsionan las sensaciones y solo percibe a través de la neblina de la dicha fragmentos del labio, de las mejillas o del olor a lavanda, a tabaco o a madera del cabello.

—No digas nada más. No hay más que decir ahora.

Trata ella de liberar las manos, pero el hombre encrespa los dedos en torno a las muñecas, reteniéndolas, obligándolas, Déjame, por favor, dice casi con tristeza. Seria, espera a que Vidal la suelte y cruza luego las manos ante el pecho para frotarse las muñecas, inspira levantando los

hombros y se mantiene así, con la espalda rígida, sin dejarla caer sobre el sofá. Antes de volver a hablar, se toma tiempo en ajustarse la blusa sobre el torso estirando la tela hacia la cintura y, enseguida, levanta una repentina cara sonriente para añadir que ya apenas tiene nada más que decir. Pero todavía cumplirá durante un rato esa penitencia de la locuacidad que se ha impuesto esta tarde, dará vueltas, iniciará ideas que interrumpirá de inmediato, se contradirá para rectificar y volver a contradecirse en un continuo fluir de la ansiedad a la melancolía mientras le rojean las mejillas y los ojos apagan su azul o destellan hacia un celeste lleno de claridad.

Quiere Rosa concluir diciendo que, como se ha metido en un lío que no tiene marcha atrás, va a soltarle lo que ya casi no hace falta decir: Vidal le gusta mucho, la atrae de una forma rara que ella calificaría incluso de un poco obsesiva. Bien, qué apuro, ya está dicho, pero debe tomárselo Vidal como una confidencia inútil, pues eso no va a cambiar ni un milímetro su vida, tiene una posición, un marido y un hijo a los que quiere dedicarse por completo. Así que admite el error de haber venido y, tal vez, el error mayor del pulso que mantiene por escapar de la presión de un pueblo que la asfixia y la está convirtiendo en lo que está viendo Vidal, una mujer que no sabe ni defender con decisión lo que quiere. Ahí cree que está el origen de todo, de su crisis de estos días, y de esta otra de ahora, su estúpida crisis de atrevimiento. Que se fije Vidal en lo que va a decirle: ha jugado un par de veces a las siete y media, ella, que odia las cartas, ha aceptado alguna partida con señoras que beben Cointreau y que no tienen nada que decirse si no hablan de las nimiedades propias y de suposiciones sobre los demás. Todo dicho con altavoz, exagerando las cosas pequeñas que las rodean. Partidas de siete y media y conversaciones sobre cosas pequeñas. Esa es su soledad. Hasta el punto de que lee ahora más que nunca

pero con poco placer porque lee muchas horas para defenderse de su vida en el pueblo y para no olvidar que también existen las cosas grandes. No sabe si todo esto le explica a Vidal la estupidez de haber venido y de estar ahora arrepentida de haberlo hecho, tratando ya solo de defender su amor propio. Un desafío. Quizá esa palabra, desafío, le haga comprender su boba actitud desde que ha llegado, y, dicho esto, cumplida ya la loca obligación de explicarle sus incongruencias, se va a levantar y va a salir por esa puerta, ya que no asistiría hoy a clase y, de hecho, aunque de veras lo lamenta, ya no asistirá nunca más ni aparecerá jamás por este piso.

Ya puesta de pie, mientras se inclina para recoger su bolsa, nota el brazo de Lamarca que le rodea la cintura desde atrás. Después, un tirón que le hace sentir el pecho del hombre contra su espalda y su respiración derramándole bocanadas de calor por el hombro, Déjame, le sale muy débil la voz a Rosa mientras apuntala los codos contra el estómago de Vidal para liberarse del contacto de su sexo, Por favor, e intenta girarse, Por favor, sin tratar ya de detener la mano que tira de los ojales de su blusa y libera los botones, No quiero hacer el amor contigo, y se le mete debajo del sujetador para recorrerle los pechos con un movimiento de ola que cuando llega al pezón cambia a un ansioso pinzamiento. Escucha Vidal su voz como encasquillada, No quiero que me folles, no quiero, no quiero, en una repetición ansiosa que va cayendo en un jadeo y luego en una especie de quejido bronco que le convulsiona el cuerpo y la deja sin aliento.

Cuando Rosa Teba siente que su falda cae y la mano de Vidal se agarra como un mordisco a su sexo, consigue darse la vuelta y alzar la cara hasta hundirla en el cuello del hombre por donde sus labios vibran alargando un carras-

peo tan espeso que se diría que no le brota de la garganta. Después, todo sucede con rapidez, Lamarca la empuja contra el sofá, termina de desvestirla estorbado por su obcecación y, cuando trata de penetrarla, encuentra un cuerpo conmocionado que se esconde bajo los brazos o se retuerce de ansiedad, levanta la pelvis o la hurta contra los cojines en movimientos de negación y entrega que reproducen, igual a una copia ampliada, la actitud contradictoria que esta tarde ha mantenido la mujer. De pronto todo cesa, las manos de Rosa lo apartan con serena autoridad mientras una sola exclamación, ¡Apártate!, paraliza el cuerpo de Lamarca, que queda suspendido en el aire, oscilante el falo inútil, manteniendo unos segundos la espera hasta que se desploma junto a la mujer.

Mira Vidal el rostro encendido, muy bello, que ya comienza a encerrarse en líneas de contención a pesar de que el sudor subraya esa cualidad blanda de la carne dilatada por el calor. Rosa se incorpora, se sienta en el borde del sofá y permanece respirando con desasosiego, el torso palpitando y la cabeza arropada entre las manos. La ve ahora de espaldas, los hombros color de cuarzo que repasa con la lengua extrañándose del calor (un calor blanco, piensa) que desprenden. Muerde despacio el hombro, el calor, con una sensación de irrealidad y gratitud hasta que ella se escabulle para levantarse mientras dice:

—No sé ni dónde estoy.

Quiere Rosa añadir algo pero desiste al instante, contrariada por saberse sin ropa, de pronto consciente y llena de escrúpulo, como si hubiera sido sorprendida desnuda por el mismo hombre que acaba de desnudarla. Estalla entonces la tormenta, retumba un rayo próximo y el aguacero resuena en el balcón. Rosa queda un segundo en suspenso, Qué bien, bendita lluvia, dice mirando los goterones redoblando en los cristales, y enseguida vuelve a entrar en sí, en la habitación, a hacerse cargo de que está de pie, des-

nuda, y da un respingo como si despertara mientras dice, mientras sonríe para decir, Pero tú, qué miras, pero qué andas mirando tú. Cuando recoge las bragas del suelo, tiene tal prisa por dejar de ser mirada que se tapa el sexo con la prenda y se queda así, evidenciando más su impudicia, encogida y extraviada, igual que si apretara una inmensa flor de tela contra su pubis.

Inspira con intensidad y adelanta su cara azorrada por la lujuria para decir:

—Ha sido culpa mía… Lo siento.

Va recogiendo del suelo las medias, el sujetador, la falda, los zapatos. Actúa moviendo la mano libre, deprisa, los dedos en pinza picoteando por las baldosas, y, cuando ha hecho un grumo con las prendas, las repliega sobre su antebrazo y retrocede caminando de espaldas, sin perder de vista a Lamarca.

—Perdona, pero soy una boba. ¡Cómo puedo ser tan boba!

Al llegar al fondo de la sala, baja con el codo el picaporte de la puerta del baño, empuja la hoja con el culo y, ya en la penumbra, suelta su carga sobre el lavabo con un abatimiento en los movimientos que la lleva luego a paralizarse, la cabeza gacha y los ojos quietos sobre las prendas amontonadas, como si no comprendiera qué puede haber pasado para llegar a esa imagen absurda donde se mezcla sobre la loza del lavabo su ropa interior con su falda y sus zapatos. Se vuelve hacia la puerta y comienza a cerrarla, pero una pulsión le hace detener el giro de la hoja y sacar la cabeza con viveza hacia la luz de la sala. Cuando habla, en su cara ya no hay rastro de preocupación, sus mejillas crecen a punto de sonreír, Prométeme que seremos buenos y lo vamos a olvidar, dice y de nuevo hunde la cara en la penumbra.

Vidal Lamarca se limita a asentir con la cabeza y comienza a vestirse dispuesto a que, si le es posible, la tarde encaje de nuevo en lo previsto. Se obliga a ordenar los cojines del sofá, a sacar del estudio los caballetes y disponer sobre la mesa la cerámica que dentro de un rato dibujarán los alumnos. Pero tiene que esforzarse para adueñarse de su respiración o de sus sensaciones mientras se asombra de que sus manos al tocar los objetos tengan una sensibilidad tan aguda que las asocia a las manos de un ciego. Su mente trata de abarcar sin conseguirlo lo que acaba de suceder porque está dominado por una sensación benéfica que, si tiene algún nombre, debe ser el de dicha, debe ser el de felicidad o el de cualquier otra palabra que designa algo que te provoca la risa sin motivo. Piensa con gratitud en la exaltante inmadurez de Rosa, quien, sin saberlo, ha derribado una puerta hace mucho cerrada y quizá ahora él, Vidal Lamarca, el subsidiado, pueda empezar a asumirse. De un modo desesperado se dice que Rosa Teba tal vez lo purgue de su sordidez.

Al acabar la clase, entrará en el estudio, tomará del armario una carpeta vacía y meterá en ella un puñado de folios en blanco. Sabe lo que quiere hacer. Le sobra esta tarde impulso, le sobra energía para emprenderlo. Lo que desde hace meses era un adormilado propósito, ahora lo siente en pie y puede definirlo: va a contar su vida, va a dibujarla. Será una novela gráfica que explique cómo ha llegado a tener tan poco como para sentir que hoy tiene todo sin ni siquiera tener aún nada. De qué pobreza viene para que lo que Rosa le acaba de dar suponga brío o afirmación, sentimientos tan olvidados que ahora parecen tener materia y capacidad de tirar de él y levantarlo en vilo.

Lamarca tiene plena consciencia del error de Rosa, de que ella lo ha inventado al elegirlo y siente la necesidad

de parecerse al inventado y esa pulsión lo empuja a poner en claro toda la oscuridad de donde viene. Quiere hacer comprensible su pasado, reelaborar su tiempo. Estudiarlo. Comprenderse. Averiguar quién es él, qué azares y desencuentros, qué miedos y coartadas le han ido sumando y sumando años perdidos. Y empieza a hacerlo con la seguridad de que este afán le llevará años y le hará daño, porque cuando vaya dibujando los hechos de su vida, será, así lo piensa, como pisar escombros.

Hasta la madrugada estará trabajando con un método que ya, en las muchas horas que dedicará a ese trabajo, mantendrá sin cambios. Alternará la escritura con los dibujos. Primero describirá cada episodio con una prosa rápida pero minuciosa en sensaciones y detalles, y de esos textos seleccionará unos pocos momentos, los más significativos, los más traducibles al lenguaje plástico, para convertirlos en imágenes. Será esta del 6 de abril la primera noche de otras muchas en las que, a plumilla, con tinta china, dibujará unas viñetas hechas con el vigor de unos claroscuros cuyos negros aclarará con el pincel hacia las zonas de luz en aguadas transparentes.

Después de escribir sobre su infancia en Almería, hará el primer dibujo de la historia donde aparece un Vidal niño cogido de la mano de su padre en una larga playa de aguas tranquilas. Ambos están de espaldas, a contraluz, mirando cómo el sol se levanta desde el mar. Tienen los pies hundidos en la espuma y a su alrededor todo sería claridad de no ser por la mancha de cabo de Gata que cierra el horizonte marino por la izquierda.

Esta primera viñeta que Vidal centra en la inocencia (el niño protegido por el padre ante la pureza primigenia del mar) contiene en esencia lo que busca al dibujar su autobiografía: aquella virginidad de la infancia podría ser no solo el aviso de lo perdido, sino la posibilidad de acercarse a aquel espacio sentimental que alguna vez fue suyo.

Sin embargo, la euforia que aún conserva intacta tras la visita de Rosa no solo lo ha llevado al mar de Almería y a un fuerte deseo de corregir su vida porque, por encima de eso, continúa atrapado en el sexo de la mujer. Ha dibujado la viñeta del mar estorbado por el recuerdo reciente de Rosa, sintiendo su pene erecto, tan viva aún esa presencia latente de la mujer que llegó a interrumpir el trabajo para masturbarse, y ahora, sorprendido de que ya sea de día, está viendo el amanecer en el balcón, la plaza mojada tras la tormenta, el cielo celeste, muy limpio, recortando con una banda dorada los tejados y la torre de San Pablo. Busca que lo vivido con Rosa lo mantenga sin sueño mientras entrevé sus cabellos cruzándole la cara o la boca trémula de gemidos, mientras sigue escuchando su voz, que susurra que no quiere que la folle como si pidiera a voces lo contrario y, todavía antes de acostarse, tomará de nuevo la plumilla para dibujar su espalda desnuda sin dejar de pensar que al lamerla tuvo la sensación de algo tan nuevo, tan extraño en su vida, que le pareció hecha de un calor blanco.